

¿A dónde va la teoría literaria?

Nicolás Garayalde

CONICET. Universidad Nacional de Córdoba

¿De dónde viene la teoría literaria?

Una buena predicción debería sustentarse en un buen conocimiento de la historia. En otras palabras: para saber a dónde va la teoría literaria, es necesario saber primero de dónde viene, y la especulación de su dirección futura aparecerá como el resultado de una operación lógica.

Si se revisan las historizaciones de los estudios literarios, encontraremos afortunadamente ciertas coincidencias que facilitan la tarea: Jonathan Culler, Antoine Compagnon, Wolfgang Iser, Terry Eagleton –por nombrar solo algunos de los más célebres de la disciplina– relatan más o menos el mismo cuento, aunque las etiquetas para denominar cada momento puedan variar. En términos muy generales, esta historia se compone de tres grandes fases.

En el principio, una larga prehistoria dominada por la tradición Poética que inaugura Aristóteles y caracteriza los estudios literarios según una gramática prescriptiva de la literatura que, aliada a la Retórica, se propone menos conocer la literatura que codificar su producción.

Luego, hacia finales del siglo XVIII, los aires románticos liberan la literatura del imperio aristotélico y reemplazan la Poética por el proyecto cognoscitivo de la Estética: “*Hacer versus Conocer el arte* –señala Iser– articuló el cambio operado por la estética” (*How to Do* 1). En ese desplazamiento, la Retórica cede lugar a la Historia: los tratados de figuras y géneros pierden espacio frente a los retratos y a las masivas historizaciones nacionales: “el espíritu de la retórica tradicional –decía Genette en 1969– está muerto, lo sabemos bien, desde comienzos del siglo XIX con el advenimiento del romanticismo y el nacimiento –conjunto– de una concepción histórica de la literatura” (24). Para Madame de Staël, por entonces, los estudios literarios debían abandonar el “yugo de la corrección” para precipitarse al análisis de las relaciones de las obras “con las instituciones sociales” (52).

Finalmente, con el anhelo de una ciencia autónoma de la literatura a principios del siglo XX, emerge la Teoría literaria como disciplina independiente de la filosofía, y la Historia pierde fuerza frente a la Lingüística: “la teoría literaria –dice Compagnon– surge cuando el abordaje de los textos literarios ya no se funda en consideraciones no-lingüísticas, por ejemplo históricas o estéticas, sino cuando el objeto de la discusión ya no es el sentido o el valor sino las modalidades de producción del sentido o del valor” (24). La crisis de la concepción holística del arte como un monolito ontológico con una esencia definible departamentaliza los estudios sobre la literatura e indaga su especificidad, desarrollando métodos que descartan el abordaje extrínseco para desplegar un fuerte armamento crítico intrínseco: es la época dorada de los formalismos. La historia declina y la crítica literaria emerge como el paradigma de la explicación del texto.

Sin embargo, este tercer momento manifiesta una curiosa particularidad: su declinación coincide con su apogeo porque su vitalidad no viene a ser desafiada por otra forma de pensar los estudios literarios sino por la misma potencia de sus fundamentos. No se trató de oponer, como antes, la Historia a la Retórica, o la Lingüística a la Historia. La subversión se operó por dentro: con el afán de construir una metodología del análisis del texto que pudiera dar cuenta del sentido, de la legibilidad y de la unidad orgánica de la obra, se terminó por demostrar la convivencia de sentidos mutuamente excluyentes, la ilegibilidad y la imposibilidad de clausura unitaria de la obra. La década del 70, momento en que se produce esta suerte de epifanía que revela el tiro por la culata de la ciencia de la literatura pergeñada, es así el escenario de un desplazamiento que me gustaría llamar *intrateórico*: para decirlo en términos de Culler, se trata del pasaje de la teoría literaria a la teoría a secas; para decirlo en términos de Compagnon, se trata del pasaje de la teoría de la literatura a la teoría literaria. ¿En qué consiste esta transformación?

Hillis Miller, Compagnon, Culler, todos acuerdan: “la función de la teoría –dice el primero– es la de liberarnos de la ideología, incluso de la ideología de la teoría misma” (*Theory Now* 202); “la teoría literaria –afirma el segundo– se presenta como una crítica a la ideología, incluida la de la teoría de la literatura” (23). La teoría vuelve sobre sí, se impugna, cuestiona los fundamentos que construyó durante medio siglo, pero no para reemplazarlos por otros, sino para asumir, al menos por un instante, el gesto de su pura negación. *Al menos por un instante*, porque el campo disciplinar –y sobre

todo las instituciones que lo materializan— no tardará en reaccionar con una resistencia potente que lo fracturará en dos vías paralelas: la que asumirá la crítica incesante de los fundamentos cognoscitivos de la disciplina; la que, ciega a su propia ideología, procurará retomar la explicación de la literatura pero enmarcada ahora en un proyecto interdisciplinario.

No es casual que aquel momento de lucidez reflexiva haya coincidido con la emergencia de diversas teorías que se propusieron tomar la lectura y el lector como objeto de estudio. Ni casual es que esta fractura haya atravesado el campo de las teorías de la lectura que, como veremos, se bifurca entre las que incursionan en las determinaciones de la legibilidad y las que señalan el carácter ineludible de la ilegibilidad. No es casual: pues la lectura es el soporte mismo de la epistemología de la literatura. En el momento en que las llamadas ciencias humanas se precipitaban hacia una reflexividad que desplazaba el foco de lo observado al observador, los estudios literarios se veían llevados a indagar el estatuto mismo del acto de leer. No se trataba tanto de avanzar como de permanecer en una interrogación obstinada, pues la teoría advertía que su tarea consiste en la incesante problematización de sus fundamentos.

¿A dónde va, entonces, la teoría? Su porvenir no puede ser otro que el de la *teoría de la lectura*.

Una ciencia de la lectura

Las teorías de la lectura —en un sentido extenso y en cualquiera de sus variantes: sociología de la lectura, psicoanálisis de la lectura, estética de la recepción, *reader-response criticism*, estilística afectiva, por mencionar solo algunas— han sido en general y hasta ahora consideradas como una de las perspectivas posibles en el marco de la teoría literaria, la emergencia de un heterogéneo nuevo paradigma disciplinar que simplemente produce un desplazamiento del objeto: “A muy grandes rasgos —decía Terry Eagleton en un manual ya célebre— la historia de la teoría literaria moderna se podría dividir en tres etapas: preocupación por el autor (romanticismo y siglo XIX), interés en el texto, excluyendo todo lo demás (Nueva Crítica); en los últimos años, cambio de enfoque, ahora dirigido al lector” (*Una introducción* 95).

Pero esta partición reduce a “enfoque” el momento en que la epistemología de los estudios literarios transforma radicalmente el estatuto de la

disciplina; por mi parte, me atrevo a ser menos cauto: imitando un gesto barthesiano respecto a la lingüística y la semiología, habría que decir que la teoría de la lectura no es una parte, aunque sea privilegiada, de la ciencia de la literatura, sino más bien, por el contrario, el marco de posibilidad en el que se inscribe.

La cuestión podría formularse de otro modo, menos drástico, pero sus consecuencias serían semejantes. Se podría decir que la teoría de la lectura es la epistemología de la ciencia literaria y, por tanto, su condición de posibilidad. La teoría de la lectura no es, así, una aproximación entre otras en el conjunto de la disciplina, como si, al escribir un manual, pudiésemos situar en el mismo nivel formalismo, nueva crítica y teoría de la lectura. La confusión se deba quizás a la resistencia que el campo de los estudios literarios manifestó frente a la reflexión sobre la naturaleza de la lectura, o al hecho de que las teorías de la recepción más exitosas (aquellas ligadas a la fenomenología o a la semiología) se presentaron a su vez como metodologías hermenéuticas que batallaban su lugar en el campo general de la disciplina. De un modo u otro, la confusión mezcló las cosas y desdibujó el hecho de que toda teoría literaria presupone necesariamente, aun ahí donde permanece ciega a ello, una teoría de la lectura. Hasta tal punto este hecho es ineludible que uno de los textos fundadores de la disciplina, “El arte como artificio” de Viktor Shklovski establece, quizás a su pesar, un orden lógico en las condiciones de posibilidad del hecho literario que resulta sorprendente: no es la propiedad formal en sí lo que define lo literario, sino la percepción de un sistema relacional de propiedades formales. Basta una célebre cita para comprobarlo: “El objeto puede ser entonces: 1) creado como prosaico y percibido como poético; 2) creado como poético y percibido como prosaico. Esto indica que el carácter estético de un objeto, el derecho de vincularlo a la poesía, es el resultado de nuestra manera de percibir” (79).

El argumento aparece casi como un disfuncionamiento en el esquema argumental de Shklovski, quizás porque él mismo oponía una resistencia a la lectura (alérgico a los historicismos y psicologismos como era, embalado en definir la literatura por propiedades inmanentemente formales). Pero esa afirmación establece un sistema de prioridades lógicas donde la percepción de la forma –y no la forma en sí– determina la literaridad del objeto. La pregunta por los procedimientos formales se subordina entonces a la pregunta por la percepción de esos procedimientos. Porque la percepción

de lo literario –ligada a la experiencia de desautomatización, es decir al retardamiento de la mirada debido a que la forma se resiste al hábito perceptivo y exige una detención– se produce no por tal o cual procedimiento formal sino por las relaciones de oposición que ese procedimiento tiene con el sistema formal que domina mi hábito perceptivo (Shklovski se adelanta así, en años, a lo que los psicobiólogos fundamentarán neurológicamente bajo los conceptos de *habituación* y *sensibilización*¹). Tal es el motivo por el cual la literatura es profundamente histórica y ninguna obra puede reclamar su condición literaria de una vez y para siempre. Entonces, para decirlo en otros términos, sorprendentemente la primera preocupación del formalismo –y no es casual que su historia se haya inclinado paulatinamente hacia el acento puesto en la historia (Tinianov) y la recepción (Mukarovsky)– no es la forma sino la lectura; o bien, para ser menos polémicos: la teoría de la lectura es condición de una teoría de la forma.²

El problema de la lectura habita por lo tanto la teoría literaria desde su fundación, y la tentativa de tomar un camino del medio, ni esencialista ni relativista, explica por qué la fenomenología resultó de utilidad tanto en los formalismos como en la estética de la recepción, que procura resolver la cuestión dialécticamente: la literatura se dirime entre una teoría del efecto (que supone, con Wolfgang Iser, la descripción de los rasgos reales del texto involucrados en su horizonte) y una teoría de la recepción (que implica, con Hans-Robert Jauss, la descripción de los rasgos reales del lector involucrados en su horizonte de expectativas). La estética de la recepción es quizás la respuesta paradigmática, la más elaborada, que se dio a un problema que podía decantar en los extremos, entre el determinismo textual y la anarquía interpretativa, procurando abarcar hermenéuticamente el asunto por sus dos lados. Esto es, adoptando las herramientas de análisis textual que se habían priorizado desde el formalismo y despuntando el desarrollo de estudios que consideraban tanto la sociología como la psicología de la recepción³.

¹ Al respecto, véase la teoría del proceso dual de la habituación propuesta en 1970, y aún vigente, por P. M. Groves y R. F. Thompson.

² Tzvetan Todorov ya advertía esto en *Critique de la critique*, al señalar cómo la concepción autotélica convive con un “esbozo de una teoría de la lectura” que “sólo puede introducirse por contrabando en la doctrina formalista” (32).

³ En los inicios, sobre todo en el caso de Iser, los integrantes de la Escuela de Constanza pensaron la

La emergencia de las teorías de la recepción durante la década de los 60 supone por lo tanto la manifestación de un problema siempre existente pero latente, para adecuarnos al vocabulario de Jauss, quien afirmaba que el lector había sido hasta entonces “reprimido”. Su recuperación era considerada por el propio Jauss como una “provocación” que venía a sacudir una disciplina en crisis (59). Diagnóstico semejante al que por su parte haría Umberto Eco al referirse a su *Obra abierta*: “una provocación revolucionaria” (19). Pero esta provocación no debería entenderse en el sentido de un cambio de paradigma que, como sugería Eagleton, desplazaría el objeto de la teoría según tres fases. Se trata de algo todavía más sustancial, algo que implicaría un golpe al fundamento mismo de la disciplina y a su anhelo, nunca abandonado, de cientificidad: una regresión formidable que obligaba a pensar el estatuto epistemológico de la teoría literaria y la posibilidad misma de establecer una ciencia. La teoría de la lectura se presentaba como la condición necesaria de cualquier posible reflexión sobre la experiencia literaria. Pero no sólo eso: paradójicamente, la teoría de la lectura se transformaría en la evidencia de la imposibilidad de una ciencia de la literatura. Este fenómeno –entre otros, pero este es el fundamental– explica no solo la implosión del objeto literario que se produce durante la segunda mitad del siglo XX sino también lo que se conoce como la resistencia a la teoría, que no es otra cosa que la autoimpugnación de la teoría por medio del problema de la lectura.

¿Es posible la teoría de la lectura? ¿Es posible una ciencia de la lectura?

Habría que indicar aquí dos caminos para responder estas preguntas, no necesariamente incompatibles y que se corresponden con una sutil distinción

recepción de manera abstracta y textual (como bien lo evidencia la creación del concepto de lector implícito), posiblemente por el rechazo al sociologismo de la tradición histórico-positivista y por el anti-psicologismo heredado de la fenomenología de Edmund Husserl. Sin embargo, paulatinamente, Jauss repararía esta falencia, como él mismo lo señala en “El lector como instancia de una nueva historia de la literatura”: “mi primer proyecto de la Estética de la recepción necesitaba tanto de una complementación sociológica como de una profundización hermenéutica. La respuesta metódica a la pregunta de a qué respondía un texto literario o una obra de arte, y por qué en una determinada época fue entendido de una manera, y después de otra, exige algo más que la reconstrucción del horizonte de expectativas intraliterario implicado por la obra. (...) Por otra parte, a mi proyecto le faltaba todavía la explicación psicológica o hermenéutica en profundidad del proceso de recepción” (62-63).

entre el número singular y el plural, que he usado hasta ahora indistintamente. Podríamos decir que no hay teoría de la lectura, pero sí teorías de la lectura⁴.

La distinción entre el plural y el singular permitirá establecer dos vías que ha tomado la reflexión sobre la lectura desde la década de los 60 hasta la actualidad –y a las que ya aludí más arriba– y que transformaron el estatuto de los estudios literarios.

Por un lado, la vía que llamaré de la *sobredeterminación* de la lectura y que se entrelaza con uno de los rasgos definitorios que Culler veía en la emergencia, hacia los años 70, de la teoría a secas: la interdisciplinariedad. Según esta modalidad, la lectura está determinada por múltiples factores que pueden ser identificados, analizados y explicados, correspondiendo cada uno de ellos a una disciplina en particular: clase (sociología), cultura (antropología), identidad (psicología), deseo y mecanismos defensivos (psicoanálisis), procesos cerebrales (neurología), prácticas y soportes (historia). Esta vía aparece ya sugerida en Barthes, en un texto de 1972 titulado, precisamente, “Pour une théorie de la lecture”: “Si hablo acá de interdisciplinariedad es porque si existe un problema realmente interdisciplinario es la lectura: ¿qué pasa en el acto total de lectura? ¿Dónde comienza la lectura? ¿Hasta dónde va? ¿Se le puede asignar a esta producción una estructura, fronteras? Nunca será demasiado involucrar distintas disciplinas para responder estas preguntas: la lectura es un fenómeno *sobredeterminado*” (171-172).

Por otro lado, la vía que llamaré de la *indeterminación*, según la cual la paradoja de la teoría de la lectura es que sus propios términos la vuelven imposible en la medida en que se entiende como un acontecimiento irreducible a cualquier generalidad, pues toda experiencia revela la existencia de un resto de indeterminación indeterminable. Es lo que aparece en el cierre de otro breve ensayo de Barthes de 1976, “Sur la lecture”: “Todo esto para indicar que no se puede esperar razonablemente una Ciencia de la lectura, una Semiología de la lectura, a menos que un día se conciba como posible

⁴ En otro trabajo (Garayalde “La enseñanza”), aproveché esta misma distinción respecto a la teoría literaria (como gesto negativo de cuestionamiento incesante de la literatura) y las teorías literarias (como propuesta afirmativa acerca del ser de la literatura y su estudio).

–contradicción en los términos– una Ciencia de lo Inagotable, del Desplazamiento infinito” (936).

Teorías de la lectura: la *sobredeterminación*

El afán de establecer una ciencia interdisciplinaria que explique la *sobredeterminación* de la lectura lleva a Barthes a proponer incluso una serie de niveles que implicarían una división del trabajo: nivel perceptivo (fisiopsicología de la lectura), nivel denotativo (lingüística de la comunicación), nivel asociativo (psicoanálisis, semiología), nivel inter-textual (semanálisis, sociosemiología). Su propuesta comienza a concretarse desde la década del 70, pero la proliferación constituye un campo heterogéneo: “La crítica orientada al lector –decía Peter Rabinowitz en 1995– no está ni hilvanada por una misma metodología ni orientada hacia un objetivo común [...]. Aunque pareciera que hubiese un único sujeto de investigación (el lector), el término toma tantos significados distintos en el discurso habitual que no es tanto una etiqueta unificadora como un trofeo que alzar desde la oposición. [...] Los teóricos orientados al lector sorprenden más por sus desacuerdos que por sus puntos de coincidencia” (413). La heterogeneidad del campo es equivalente a la que produce la *sobredeterminación* de su objeto, de modo que las teorías de la lectura toman caminos diversos según el modo en que lo construyen. En esto, Barthes se muestra muy preciso para dar cuenta de las dificultades de una potencial ciencia que no logra un campo homogéneo: “Lamentablemente, la lectura todavía no encontró su Propp o su Saussure” (“Sur la lecture” 928).

Se podría decir que las diferencias ocurren a partir de la manera en que se responde la pregunta que guía el libro *5 Readers Reading* (1975) de Norman Holland: ¿quién lee qué y cómo?

La pregunta por el *quién* remite al lector y produce una primera gran partición entre las teorías que lo conciben como una entidad abstracta e hipotética y aquellas que se interesan en su estatuto empírico. En el primer grupo, la semiología de Eco o la teoría del efecto de Iser acuden todavía curiosamente al texto para encontrar allí las huellas del lector por venir, es decir las marcas que codificarán su accionar, bajo la forma del *lector modelo* o el *lector implícito*. En el segundo grupo, el *lector empírico* supone a su vez una subdivisión interdisciplinaria de acuerdo a la concepción del sujeto: teorías cognitivas

(Jerome Bruner), psicoanalíticas (Michel Picard, Anne Clancier, Norman Holland, David Bleich, Pierre Bayard), sociológicas (Jacques Leendhardt, Joëlle Bahloul), de género (Janice Radway), historias de la lectura (Roger Chartier, Steven Fischer) e incluso teorías neurofisiológicas que focalizan la lectura en sus procesos cerebrales (Stanislas Dehaene). A menudo, estos enfoques resultan sorprendentemente ciegos respecto a otros, haciendo de la lectura una experiencia reducida a uno de sus rasgos: la identidad, la neurona de la lectura, el inconsciente, la cultura, la clase social, el género, el artefacto de lectura, el contexto histórico. En otros casos, sin embargo, se produce un intento de cruzar diferentes determinaciones: Norman Holland, por ejemplo, procura extender la experiencia de lectura más allá de la identidad a patrones culturales propios de la comunidad interpretativa del lector, según los conceptos de “cánones” y “códigos”⁵.

La concepción del lector no va sin consecuencias para el *qué* de la lectura y acerca la discusión a un terreno pantanoso que despertará fuertes resistencias, pues lo que está en juego es el estatuto mismo de un agonizante objeto de la teoría literaria: la *obra*, pero incluso también, en algunos casos, su sucedáneo, el *texto*, cuya existencia objetiva llega a ser negada por Louis Hay. Ciertamente, se trata allí de una astucia retórica, porque lo que se niega no es tanto el texto en sí como la posibilidad de su acceso; o bien, como en Michel Charles, Anne Clancier o Franc Schuerewegen –por armar una lista heterogénea–, se asume que la existencia del texto es posterior a la lectura, bien porque es una actualización de sus posibles, bien porque emerge a partir de una identidad o un inconsciente, bien porque es resultado de una comunidad interpretativa, lo que dará lugar a nociones como *texto posible* (Charles), *contra-texto* (Clancier) o *postexto* (Schuerewegen). Como sea, lo cierto es que estas posiciones generan definitivamente un estallido del objeto que, al ser concebido como un efecto de lectura, aparece definido por una serie de rasgos que atentan contra los principios que sostuvieron la ciencia

⁵ “Sugiero los términos *códigos* y *cánones* –dice Holland en *The Critical I*– para dividir las reglas de acuerdo a su ‘poder ser de otra manera’. Mediante esta definición, los *códigos* no pueden, si estás funcionando como un miembro normal de la cultura, ser de otra manera. Todos usamos *códigos* para saber que una *g* es una *g* o que un portaligas es un portaligas. Los *cánones* pueden ser de otro modo, dependiendo de a qué comunidad interpretativa pertenezcas dada una cultura determinada. Los significados que le damos a las palabras son *cánones*” (35).

literaria durante buena parte del siglo XX: la unidad y la identidad. Si el texto ya no es unitario ni idéntico a sí mismo, si es el producto de un acto de lectura determinado por un sujeto en particular (concebido según dimensiones variables), la disciplina enfrenta un problema polémico: el *cómo* leer ligado a la *autoridad* y los límites de la interpretación.⁶

Si el texto es un efecto de lectura, y no al revés, a la cancelación de la garantía del autor y su contexto se suma la de la garantía del propio texto. ¿Qué criterio valida una lectura una vez que la sobredeterminación de la experiencia la abre a la dimensión de lo singular y lo relativo (donde no hay centro o patrón que regule)? Este problema ha inquietado no solo a quienes todavía blanden el argumento de la falacia afectiva, sino también a algunos poderosos partidarios de la importancia de la interpretación en la constitución de la obra. Casos notables: Wayne Booth, Wolfgang Iser, Umberto Eco. Se trata justamente de aquellas teorías en que la lectura se piensa como una previsión que emana del propio texto, de modo que la regulación interpretativa se garantiza por elementos estructurales inmanentes: códigos, repertorios, estrategias. Pero, como argumenta Mary Pratt, estas propuestas terminan por convertirse en “una variante rotacional de ese mismo formalismo tan abiertamente rechazado” (201). El abanico que abren las teorías orientadas a la recepción se vuelve formidablemente amplio en este sentido: desde aquellos formalismos disfrazados de lectura hasta el relativismo de un Robert Crosman, quien asume que “un poema significa realmente lo que un lector cree seriamente que significa” (154), en la dirección de ese fantástico ensayo de Stanley Fish incluido en este mismo dossier que el lector tiene entre manos: “Cómo reconocer un poema cuando vemos uno”⁷. Lo interesante

⁶ Es necesario agregar que la unidad y la identidad del texto se vieron también problematizadas por los estudios históricos de la lectura, centrados ya en sus prácticas (Roger Chartier, Guglielmo Cavallo, Anne-Marie Chartier, Jean Hebrard), ya en el soporte (Robert Escarpit, M. Ilin, Irene Vallejo, George Landow, Francisco Albarello). Respecto a los estudios interesados en el soporte, la cuestión de los límites, la unidad y la participación del lector se volvió particularmente importante en las investigaciones sobre hipertextos, que fracturaron la asumida equivalencia entre texto y libro, desarmando un axioma metafísico que Hillis Miller había cuestionado innumerables veces al problematizar la linealidad del texto y entender el libro como “un poderoso soporte del logocentrismo” (“Line” 237). En este dossier, se podrá encontrar un artículo de Bertrand Gervais que se detiene precisamente en la lectura de obras hipermediáticas: “Leer un libro que no fue hecho para ser leído. Practicar la lectura literaria en la cultura digital”.

⁷ En la senda del pensamiento de Fish (y sorprendente e irónicamente de Gustave Lanson), se podrá también encontrar en este dossier un ensayo de Franc Schuerewegen que, con su picardía habitual, vuelve

en alguien como Crosman es que sitúa el problema en sus justos términos: el fundamento de la interpretación es político. No sorprende, pues, que la teoría literaria actúe frente a la teoría de la lectura con resistencia, pues lo que está en juego es una visión de mundo frente a la literatura: no solo cómo interpretarla y enseñarla, sino también cuál es el estatuto científico de esas operaciones; y, en última instancia, cuál es la función de los agentes e instituciones que procuran controlarla.

Las teorías de la lectura enfocadas en la sobredeterminación tienen en común lo que en la lectura puede explicarse, y quizás por eso resultaron institucionalmente mejor recibidas: pues incluso allí donde el acto de lectura parecía precipitar la disciplina hacia la inaprensibilidad de cada acto singular, la identificación y explicación de los factores determinantes abrían la posibilidad al establecimiento de leyes y generalidades. El propio Stanley Fish calmaba las aguas en este sentido cuando, frente a las acusaciones de relativismo, señalaba que, a fin de cuentas, la “comunidad interpretativa” regularía la temida anarquía lectora: “si bien el relativismo es una posición que uno puede sostener, no es una que pueda ocupar” (319).

Por ello, la resistencia a las teorías de la lectura no parece tan potente si se la compara con la que se opone a la teoría de la lectura: es decir, aquella que procura dar cuenta de la indeterminación que se experimenta durante el acto de leer, anulando toda posibilidad de generalización, excepto la de la ilegibilidad.

Teoría de la lectura: la indeterminación

En una por momentos virulenta crítica a las historias y sociologías de la lectura, Miguel Dalmaroni reclamaba años atrás la necesidad de un pensamiento sobre la lectura entendida como “contingencia incalculada” más que como “práctica” cultural o social: “porque toda la teoría literaria manifestaría, al testificar la resistencia del lenguaje y de la literatura a ser teorizados,

al problema ontológico del texto y los límites de su interpretación: “Una pequeña defensa de la intención autoral por un antiguo escéptico sobre la cuestión”.

que la historia, la cultura, la significantización siempre arrojan un resto que no comprenden, que no pueden ver ni nombrar ni aprehender” (54).

No se trata aquí de una indeterminación determinable, como la que inteligentemente pergeña la fenomenología de Roman Ingarden y su concepto de “lugares de indeterminación”, más atenta a la concretización de una armonía prevista por la estructura multiestratificada del objeto artístico que a la apertura de lo imprevisible. Tampoco de la indeterminación de los “espacios vacíos” de la teoría del efecto de Wolfgang Iser (*El acto de leer*), aunque, para ser justos, su erudito conocimiento de las críticas a la metafísica provenientes, sobre todo, de la deconstrucción, le llevaron a una concepción fenomenológica ligada a la pragmática y a la experiencia de los “vericuetos inesperados” que expanden la concretización al ejercicio de la imaginación⁸. Sin embargo, todavía en Iser la teoría del efecto se constituye a partir de un análisis del texto cuyas estrategias predisponen a una construcción más o menos estereotipada de la obra (el célebre *lector implícito*) como correlato en la consciencia del lector. Ni siquiera se trata de la indeterminación que aparece en teorías orientadas al lector empírico como el psicoanálisis de Holland: pues a pesar de que la indeterminación lleva a la posibilidad de que cada lector cree su propio *Hamlet*⁹ –asumiendo así, radicalmente, el carácter singular e incalculado de la lectura que hace que ninguna interpretación de *Hamlet* pueda compararse con otra–, en el reverso de la moneda toda lectura está determinada por la identidad sin resto del lector –de modo que si hay tantos *Hamlet* como lectores, a su vez cada lector lee lo mismo en *Hamlet* y en *Madame Bovary*: esto es, su propia identidad–. El pensamiento de Holland es una celebración de la diferencia entre lectores, pero, lamentablemente, y a causa de la *ego-psychology* a la que adhiere, cada lector está condenado a la repetición de sí mismo.

La teoría de la lectura enfocada en la *indeterminación* implica, por tanto, no el estudio de lo que, en la relación entre el texto y el lector, da lugar a una experiencia transactiva entre indeterminaciones textuales y

⁸ Para Ingarden, los puntos de indeterminación suponen una carencia a concretizar de un modo determinado por la armonía prevista del texto; para Iser, los espacios vacíos son una condición de posibilidad. Para un análisis más detallado de las diferencias entre uno y otro, puede consultarse el ensayo de Angélica Tornero “Indeterminaciones y espacios vacíos en Roman Ingarden y Wolfgang Iser”.

⁹ Al respecto, véase el provocador ensayo de Holland “Hamlet: mi mejor creación”.

sobredeterminaciones lectorales (identidad, clase, modos perceptivos, historia), sino de lo que, en la relación entre el texto y el lector, conduce no solo a lo incalculable sino también a lo indecible e inaprensible, es decir a la condición de la ilegibilidad. La paradoja de una teoría de la lectura que pone en evidencia la inevitable experiencia de ilegibilidad es lo que llevaba a Barthes, como vimos, a formular la idea, contradictoria en sus términos, de una Ciencia de lo Inagotable. Lo que, en un sentido semejante pero de manera todavía más precisa, titula el libro que recientemente reunió algunas intervenciones de la cátedra de Teoría de la lectura que durante más de dos décadas presidió Juan Ritvo: *No hay teoría de la lectura*.¹⁰

Podría decirse que la única formulación posible de una teoría de la lectura enfocada en la *indeterminación indeterminable* es que no hay teoría de la lectura, en la medida en que no es posible formular una ley o código que pueda dar cuenta de su heterogeneidad, y mucho menos establecer una metodología hermenéutica trascendentalmente fundamentada que regule los modos de leer.

¿En qué consistiría una teoría de la lectura como expresión de la imposibilidad de pautar, explicar y generalizar la lectura? ¿En qué consistiría una teoría de la lectura como indeterminación indeterminable? Me parece que se pueden señalar dos modalidades en que se ha buscado desarrollar una teoría de este tipo: una enfocada en el texto (asentada en la Retórica), otra centrada en el sujeto (asentada en el Psicoanálisis).

La primera de ellas tuvo su mayor expresión en la estela deconstruccionista gracias a autores como Paul de Man, Joseph Hillis Miller o Michel Charles, cuyos trabajos apuntaban a dismantelar la creencia en una lectura orgánica y exponer los modos por los que el texto resiste a la interpretación, señalando tensiones entre gramática y retórica, aporías, contradicciones, paradojas o disfuncionamientos.¹¹ En otras palabras, una teoría que da

¹⁰ En este dossier se podrá encontrar una breve intervención de Ritvo que expone su posición en este sentido: "Acercas de la imposibilidad de la teoría de la lectura". Sin embargo, como se verá, creo que lo que ocurre a pesar de esa imposibilidad es la posibilidad de una teoría de las razones de esa imposibilidad de la lectura.

¹¹ Esta breve lista de autores da cuenta de la heterogeneidad que a veces oculta el término deconstrucción y que ha llegado incluso, ligado a la teoría de la lectura, a pretender el estatuto de escuela en la Universidad de Yale. En este sentido, resulta muy interesante el recorrido que en este mismo dossier hace Analfá Gerbaudo en torno a la "palabrita" deconstrucción: "Los voluntarismos y las desconstrucciones por-venir".

cuenta de la ilegibilidad del texto, la imposibilidad de su clausura, la indecidibilidad como trasfondo de toda decisión, los motivos por los cuales toda interpretación es susceptible de ser cuestionada por otra igualmente legítima.

La segunda de ellas, representada por críticos como Shoshana Felman y Pierre Bayard, se desarrolló en el marco de perspectivas psicoanalíticas que, a diferencia de los trabajos de Norman Holland o David Bleich –para quienes el sujeto se definía como una identidad determinada por un tema fijado y siempre igual a sí mismo capaz de leerse en cada lectura–, valoraban la lectura como una experiencia de subjetivación y desubjetivación incesante en la que el sujeto se desvanece allí donde procura leerse. En esta línea de pensamiento, lo que se interroga entonces no son las razones por las cuales todo texto se resiste a una interpretación –a una pulsión de apoderamiento hermenéutico– sino el lugar desde el que se lee y escribe sobre la lectura para exhibir las razones por las que los procesos de subjetivación obstaculizan la lectura del texto y la lectura de sí.

En un caso, para decirlo en términos de Pierre Bayard, se trata de la *imposibilidad de leer* por motivos lingüístico-retóricos; en el otro, se trata de la *imposibilidad de leerse* por factores relativos al sujeto de la lectura.

Creo que, así como en las teorías de la lectura de la *sobredeterminación* la Escuela de Constanza apostó por una articulación entre la teoría del efecto (centrada en el texto) y la teoría de la recepción (centrada en el lector), la teoría de la lectura de la *indeterminación* requiere una articulación entre lo que podríamos llamar la retórica de la ilegibilidad y el psicoanálisis de la no-lectura. Es decir, una teoría que dé cuenta simultáneamente de lo que en el texto y en el sujeto escapa a toda previsión, a todo cálculo, a toda generalización y, por ello, resiste a la lectura. En otras palabras: aquello que, en la relación entre el texto y el lector, permanece indefinidamente indeterminable.¹²

¹² Por mi parte, es el proyecto en el que vengo trabajando hace años en distintos ensayos. Primero, relativo a la temporalidad de la lectura, he procurado desarrollar esa articulación en dos ensayos: “El tiempo de la lectura” (para pensar la temporalidad psicoanalítica del sujeto en el acto de leer) y “La lectura del tiempo” (para pensar la temporalidad de la Historia en la lectura). Luego, relativo a la espacialidad del texto, he buscado llevar a cabo esta articulación en una serie de tres ensayos lógicamente relacionados: “Del texto al contra-texto” (para pensar desde el psicoanálisis la interacción topológica entre el texto y el lector) y el conjunto “Del texto al hipertexto I” y “Del texto al hipertexto II” (para pensar la dimensión retórica que regula la topología textual).

Hacia una teoría de la lectura

Los últimos sesenta años han puesto en evidencia la necesidad de una epistemología de la ciencia literaria entendida como una interrogación de la posición de lectura. Por ello, la teoría de la lectura se presenta como el marco necesario de una ciencia de la literatura posible: “Una ciencia incapaz de leerse a sí misma –decía Paul de Man– ya no puede denominarse ciencia” (“Límites” 67).

Pero las teorías de la lectura que dan cuenta de las determinaciones desde las que se lee no pueden agotar la interrogación, salvo que pretendan ocultar el resto ineludible que deja todo acto de leer. El deseo de una ciencia de la literatura se enfrenta por lo tanto a una paradoja: debe interrogar su propio lugar de conocimiento a la vez que descubrir que la naturaleza de la lectura es contraria a cualquier pretensión de previsión, codificación y generalización. La ironía de la teoría de la lectura, entonces, es que aparece simultáneamente como la condición de posibilidad y de imposibilidad de una ciencia de la literatura: “El objetivo principal del conocimiento –decía también Paul de Man– viene a ser el conocimiento de su propia imposibilidad” (“Montaigne” 87).

Una teoría así pensada –es decir una teoría de la sobredeterminación y de la indeterminación indeterminable de la lectura– no puede significar, sin embargo, la tentación a un cinismo pluralista, un nihilismo empobrecedor, una anarquía interpretativa o una resignación del estancamiento. Como sucinta y precisamente lo dice Dalmaroni: “Si no fuese silencio, lo último que diría siempre todo pensamiento acerca del acontecimiento de la lectura sería: (...) hay que leer, no puedo leer, voy a leer” (61). O según una aporía que se desprende de Derrida en *Fuerza de Ley*: imposible pero necesario.

Este enunciado supone la apuesta de la teoría de la lectura como campo disciplinar que enmarca toda posible relación con la literatura. Por un lado, lo *imposible* exige una epistemología de la lectura que interroga incesantemente la relación entre el lector y el texto tanto en sus sobredeterminaciones como en sus indeterminaciones indeterminables, gracias a las cuales se advierte la ceguera de todo lector frente a la totalidad del texto y de su subjetividad. Por el otro, lo *necesario* demanda una ética de la responsabilidad que hace del acto de lectura una toma de decisión argumentada que empuja, en última

instancia, a la escritura: es decir, como propone bellamente Alain Trouvé, a una *novela de lectura*.¹³

No puede haber enseñanza ni crítica literaria que no parta de la teoría de la lectura como fundamento y su ausencia no puede explicarse más que por los obstáculos que tal teoría representa para el proyecto que estableció las bases de la teoría literaria: “casi no conozco Facultades –dice Ritvo– donde el problema de la lectura se plantee de modo explícito, al menos en nuestro ámbito rioplatense. (...) Todo se da por obvio” (183). Es que la teoría de la lectura como fundamento de la crítica literaria supone, para decirlo en palabras de Derrida, una teoría de los fundamentos místicos de la lectura, es decir la subversión de toda autoridad trascendental, de todo anhelo de un proyecto científico en los términos en los que se estableció en los inicios de la disciplina.

Por ello, me parece, las teorías y la teoría de la lectura –es decir, la problematización de sus determinaciones e indeterminaciones indeterminables– se presenta como una puerta de ingreso necesaria a la teoría literaria en particular y a los estudios literarios en general. Pues no solo supone un conocimiento de lo que, en el acto de leer, condiciona el modo de acercarnos a la literatura; no solo implica una explicitación epistemológica del resto que toda lectura deja y, por tanto, de su naturaleza incalculable y carente de fundamento; también supone la consideración de la dimensión política –en cuanto decisión que afecta un modo de ver el mundo en exclusión de otros mundos posibles–, ética –en tanto asume una resistencia a una moral de la lectura y un intento de articulación del propio deseo en la lectura– y creativa –en la medida en que la lectura se convierte un acto de producción del objeto leído.¹⁴

Estas dimensiones deberían estar en el centro mismo de la enseñanza y la crítica de la literatura, pues implican no solo una autoconciencia de la condición desde la cual ejercemos nuestro oficio, sino también la habilitación

¹³ En este mismo dossier, se podrá encontrar un ensayo de Trouvé que insiste precisamente en el carácter dialógico y performativo de la lectura, según lo que llama el *texto de lectura*: “Por una lectura de segunda generación”.

¹⁴ Estas dimensiones aparecen de algún modo problematizadas en el ensayo de Sophie Rabau que integra este dossier (“¿Es lectora una subalterna?”), a partir del cual se denuncia el “pseudempoderamiento” del lector que podríamos ver tanto en las teorías de la lectura como en diversas formas de la literatura (desde aquellas que aparentan dar la palabra al lector como aquellas que, mediante artificios ligados al soporte hipertextual o hipermedial, procuran avanzar hacia una “escrilectura”).

a actuar más allá de la paradójica situación en la que nos ubica esta autoconciencia. ¿Bajo qué fundamento? Quizás el único posible: el del deseo. “La coherencia en la contradicción –decía Derrida– siempre expresa un deseo” (“La structure”). ¿Qué deseo? De escritura literaria, que parece ofrecerse a dos modalidades: la de la *novela de la lectura* –es decir, el relato del modo en que se entrama la obra con las determinaciones e indeterminaciones de su lectura–; la *novela a secas* –es decir, el modo en que, como en la teoría de la influencia de Harold Bloom, la poesía produce más poesía, la crítica se vuelve literatura.

Podemos discutir qué formas podría adquirir, por lo tanto, esta escritura de la crítica literaria. Pero parece inapelable la necesidad de partir en todos los casos de una teoría de la lectura como consciencia epistemológica que reconfigura los objetivos de nuestra disciplina y abre la posibilidad a pasar, de una vez por todas, a una cultura retórica en la que se asume el carácter literario de la crítica. Si la crítica literaria se dirige a la literatura es porque la teoría literaria se dirige a la teoría de la lectura.

Bibliografía

- Albarello, F. *Lectura transmedia*. Buenos Aires: Ampersand, 2019.
- Bahloul, J. *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los “poco lectores”*. México: FCE, 2002.
- Barthes, R. “Pour une théorie de la lecture”. *Œuvres complètes IV*. Paris: Seuil, 2002.
- . “Sur la lecture”. *Œuvres complètes IV*. Paris: Seuil, 2002.
- Bayard, P. *Comment parler des livres que l'on n'a pas lus ?* Paris: Minuit, 2007.
- Bleich, D. *Readings and Feelings. An Introduction to Subjective Criticism*. Illinois: National Council of Teachers of English, 1975.
- Charles, M. *Introduction à l'étude des textes*. Paris: Seuil, 1995.
- Chartier, R. y G. Cavallo. *Historia de la lectura*. Buenos Aires: Taurus, 2011.
- Chartier, A.-M. y J. Hebrard. *Discursos sobre la lectura*. Barcelona: Gedisa, 2009.
- Clancier, A. “Qu'est-ce qui fait courir Boris Vian ?”. *Boris Vian, Colloque de-Cerisy-La-Salle* Eds. Arnaud, N. y Baudin, H. Paris: UGE, 1977.
- Compagnon, A. *Le démon de la théorie*. Paris: Seuil, 1998.
- Crosman, R. “Do Readers Make Meaning?”. *The Reader in the Text*. Ed. Suleiman, S. R. Princeton: Princeton University Press, 1980.
- Dalmaroni, M. “Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría: algunos episodios en la crítica literaria latinoamericana”. *452 Fº*. N° 12 (2015): 42-62.

- De Man, P. "Montaigne y la trascendencia". *Ensayos críticos*. Madrid: Visor, 1996
- . "Roland Barthes y los límites del estructuralismo". De Man, P. y Podlubne, J. *Barthes en cuestión*, Rosario: Nube Negra, 2020.
- De Staël, G. "De l'Allemagne". *Ceuvres complètes II*. Paris: Firmin Didot, 1871.
- Dehaene, S. *Les neurones de la lecture*. Paris: Odile Jacob, 2007.
- Derrida, J. "La structure, le signe et le jeu". *L'écriture et la différence*. Paris: Seuil, 1967.
- . *Fuerza de ley*. Madrid: Tecnos, 1997.
- Eagleton, T. *Una introducción a la teoría literaria*. Buenos Aires: FCE, 1998.
- Eagleton, T. *El acontecimiento de la literatura*. Barcelona: Península, 2012.
- Eco, U. *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen, 1998.
- Escarpit, R. *La revolución del libro*. Madrid: Alianza, 1968.
- Fish, S. *Is There a Text in This Class?*. Cambridge: Harvard University Press, 1980.
- Fischer, S. R. *A History of Reading*. London: Reaktion, 2003.
- Garayalde, N. "La lectura del tiempo en la obra de Pierre Bayard". *Çedille*, revista de estudios franceses. N° 14 (2018): 221-243.
- . "La enseñanza de Teoría literaria en la universidad". *Recial*- Vol. X. N° 15 (2019): s/p.
- . "Del texto al contra-texto". *Anales de la filología francesa*. N° 28 (2020): 325-351.
- . "El tiempo de la lectura en la obra de Pierre Bayard". *Revista de literatura*. Vol. LXXXII. N° 164 (2020): 399-420.
- . "Del texto al hipertexto I: La ironía y los límites internos del texto". *Estudios de teoría literaria*. Vol. 10. N° 22 (2021):115-129
- . "Del texto al hipertexto II. La elipsis y los límites internos del texto". *Estudios de Teoría Literaria*. Vol. 10. N° 23 (2021): 127-155.
- Genette, G. "Rhétorique et enseignement". *Figures II*. Paris: Seuil, 1969.
- Groves, P. M. y R.F. Thompson. "Habituation: A dual-process theory". *Psychological Review*. N° 77 (1970): 419-450.
- Hay, L. "Le texte n'existe pas". *Poétique*. N° 62 (1985): 147-158.
- Hillis Miller, J. *Theory now and then*. Durham: Durke University Press, 1991.
- . "Line". Ed. J. Wolfreys. *The J. Hillis Miller Reader*. California: Stanford University Press, 2005.
- Holland, N. *5 Readers Reading*. New Heaven: Yale University Press, 1975.
- . *The Critical I*. New York: Columbia University Press, 1992.
- . "Hamlet: mi mejor creación". *Literatura, lectura y neuropsicoanálisis*. Córdoba: Alción, 2015.
- Ingarden, R. *La obra de arte literaria*. México: Taurus, 1998.
- Ilin, M. *Historia del libro*. Buenos Aires: Leviatán, 1990.
- Iser, W. *El acto de leer*. Madrid: Taurus, 1987.
- . *How to Do Theory*. Oxford: Blackwell, 2006.
- Jauss, I. "El lector como instancia de una nueva historia de la literatura". Comp. J. A. Mayoral. *Estética de la recepción*, Madrid: Arcos, 1987.

- Landow, G. *Hipertexto 3.0*. Barcelona: Paidós, 2009.
- Leenhardt, J. y P. Józsa. *Lire la lecture. Essai de sociologie de la lecture*, Paris: L'Harmattan, 1999.
- Mukarovskiy, J. *Función, norma y valor estéticos como hechos sociales*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2011.
- Picard, M. *La lecture comme jeu*. Paris: Minuit, 1986.
- Pratt, M. "Interpretive Strategies/strategic interpretations: on angloamerican reader response criticism". *Boundary 2*. N°11 (1982): 201-231.
- Rabinowitz, P. "Otras teorías orientadas al lector". Ed. R. Selden. *Historia de la crítica literaria del siglo XX*. Madrid, Akal, 2010).
- Radway, J. *Reading the Romance*. North Caroline: UNC Press, 1984.
- Ritvo, J. "Intervención de Juan Bautista Ritvo". Coords. E. Elizondo y R. Bianchi. *No hay teoría de la lectura*. Rosario: Facultad de Humanidades y Artes, 2017.
- Shklovski, V. "El arte como artificio". Comp. T. Todorov. *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Schuerewegen, F. *Introduction à la méthode postextuelle*. Paris: Garnier, 2012.
- Tinianov, I. "Sobre la evolución literaria". Comp. T. Todorov. *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Todorov, T. *Critique de la critique*. Paris: Seuil.
- Tornero, A. "Indeterminaciones y espacios vacíos en Roman Ingarden y Wolfgang Iser". *Anuario de Letras Modernas*. Vol. 13 (2006): 159-172.
- Trouvé, A. *Le roman de la lecture*. Hayen: Mardaga, 2004.
- Vallejo, I. *El infinito en un junco*. Buenos Aires: Ciruela, 2020.